

Marcial canta una copla que se había convertido en su canción favorita desde que había visto la película homónima de Almodóvar.

Recordaba haber ido a verla al cine con una amiga, Maite, otra que como él había venido a Madrid en los ochenta huyendo de los malos tratos en su familia.

Trabajaba de limpiadora para mantener a sucesivos novios, que le habían chupado la sangre como vampiros.

Simplemente eran egoístas, decía ella para disculparlos.

Todos lo somos, pero a veces los hombres más, especialmente si pueden emplear la fuerza.

Él no, así le había ido.

Tan desesperada se encontraba la pobre mujer, que alguna vez, borracha, le había pedido que le echara un polvo.

Como si aquello fuera una aspirina para el dolor del alma, cuando en realidad lo único que hacía era debilitarla más.

Y es que él tenía clarísimo que todo aquello del sexo por el sexo no era más que un arma entre hombres y mujeres para preservar el odio entre ellos.

Follar no resultaba más placentero realmente que masturbarse, entonces, ¿de dónde procedía toda aquella mitificación del acto sexual?

Ni que no existieran muchos actos placenteros relacionados con el amor.

Una mirada ardiente, por ejemplo, podía excitar más que un mete y saca extenuante con un desconocido, y ya no digamos las caricias.

Para eso nos había dado Dios las manos, para masturbarnos y acariciar.

Claro que la iglesia, la gran multinacional del sexo, que se forraba a base de certificar bodas, bautizos y comuniones, nos lo había prohibido.

A ella le resultaba más lucrativo mantenernos reprimidos y obligarnos a casarnos.

Por eso la gente no debería andarse con tantos miramientos a la hora de amar al prójimo como a sí mismo.

Y ser más tiernos, que para eso en los trabajos ya nos trataban a ostias.

¿A quién podría hacerle daño que alguien se corriera tranquilamente masturbándose tras haberse excitado besando, abrazando y acariciando a la persona amada?

Pues a los que comerciaban con vaginas, los muy asquerosos, pecado del cual ni siquiera los propios curas se libraban.

Ellos, casando a la gente, lo único que hacían era declarar un coño propiedad privada.

Mientras que la polla podría dedicarse a andar por ahí en libertad.

Cárceles y cadenas impuestas por la inquisición seguían llenando el mundo de personas torturadas.

Bueno, ni siquiera se trataba de casarse, porque Maite no lo estaba y había que ver lo que se habían aprovechado de ella los hombres.

Si es que el celibato debería volver a imponerse como práctica de higiene moral.

Él, desde que lo profesaba como una religión, andaba jodido pero contento.

De hecho, todos los que le conocían se maravillaban del hecho de que en sus circunstancias no se hubiera dado a la bebida.

Pero es que el alcohol, el alcoholismo, era otro modo de anular la razón e imponer la fuerza.

También estaba la cocaína, y todo eso ¿con qué fin?

Pues con el de servir de arma a los amantes de la violencia.

Para su opinión, los que lo practicaban con prostitutas, eran tan cochinos o más que las pobres obreras del sexo.

Como él no es de esos, mientras canta, recuerda con dulzura a su amiga y decide declararle su amor, es decir, comprometerse a cuidarla mientras viva.